

INFORME  
DEL  
ILMO. SR. D. JOSÉ PIERNAS Y HURTADO,  
ACERCA DE UN LIBRO DE MR. CHARLES GIDE,  
TITULADO *Economie sociale*;  
Y  
OBSERVACIONES  
DEL  
ILMO. SR. D. MELCHOR SALVÁ

Sesión del martes 6 de JUNIO de 1905.

**El Sr. Piernas y Hurtado:** Voy á tener el gusto de hacer algunas indicaciones acerca de un libro titulado *Economie sociale*, que acaba de publicar y ha tenido la bondad de remitirme el brillante é infatigable escritor Mr. Charles Gide.

No se trata en realidad de una obra nueva, sino de una reimpresión, hecha aparte de la Memoria que escribió el autor acerca de la Sección de Economía social, que tan interesante fué en la Exposición universal del año 1900.

Ha creído Mr. Gide que ese trabajo no podía ser objeto de la atención y estudio que merece, envuelto y confundido entre el farrago inmenso de los cincuenta tomos de Memorias dedicadas á aquella Exposición, y le ha desglosado de ellas para que tenga relieve y vida propia.

Pero no se ha limitado el distinguido economista á hacer una segunda edición: «El dictamen—dice—de 1900, por su importancia, por la solemnidad con que se celebró, y por su fecha, que cierra un siglo, es un punto de partida al que debemos volver la

vista de continuo, porque aquella Sección de Economía social representa la manera que tuvo el siglo XIX de concebir y plantear las cuestiones que siguen siendo la preocupación de todos los espíritus. Por eso conviene—añade—referirse á los datos acumulados en aquella ocasión memorable, ponerlos al corriente, registrar las modificaciones que con ellos se van operando » Y ejecuta esta labor por medio de notas numerosísimas: de aquí la actualidad y el interés de la obra.

Comienza por afirmar el erudito profesor que, así como él ha desglosado su Memoria de las otras publicadas para dar cuenta de la Exposición de 1900, es preciso que se separen también de las universales las especialmente dedicadas al estudio de la llamada cuestión social, porque tienen la importancia necesaria para que se celebren de un modo independiente, y así serán más provechosas. Anuncia luego que, según el proyecto presentado á la Cámara francesa de Diputados, habrá de celebrarse en París el año 1909 una *Exposición internacional de la vida obrera*, y con este motivo critica las clasificaciones adoptadas para esos concursos, desde la que formuló Le Play para el de 1867, hasta la que se ha empleado últimamente en San Luis de Potosi, desechándolas todas, porque, á su juicio, pecan de excesivamente científicas; y las clasificaciones abstractas, buenas cuando se trata de abstracciones, no son aplicables á hechos que vanamente se pretenderá encerrar, en un cuadro trazado de antemano.

Creo que Gide tiene razón; que los principios de la lógica y las reglas de los métodos son cosas que, si sirven y obligan al sujeto, no pueden imponerse, sin embargo, á los movimientos de la realidad y á los accidentes de la vida, y me parece que acierta cuando pide para la Exposición proyectada una nueva clasificación menos científica; pero más positiva, más pintoresca, dice él, en la que se agrupen los hechos, según que se refieran á la *vida familiar*, *la vida profesional* y *la vida social del obrero*, comprendiendo todas sus fases, desde la infancia hasta la muerte, y las crisis ó accidentes que perturban la normalidad de la existencia.

Entra después de esto nuestro autor en la tarea de rectificar los

datos contenidos en su primera Memoria, y yo no he de seguirle puntualmente, para no molestar á los Sres. Académicos con demasiados guarismos; daré tan sólo noticia de los que me parecen más notables desde estos tres puntos de vista: organización del trabajo industrial, intervención de los Gobiernos y resultados conseguidos por la acción de esos factores.

*Organización del trabajo.* —Respecto de este punto los hechos son iguales en todas partes, y continúa con gran vigor el movimiento emprendido: la aspiración á la unidad es cada vez más sentida, y cada día son mayores los esfuerzos aplicados á lograrla. Las sociedades obreras, las agrupaciones profesionales, los sindicatos, todos los géneros de la asociación económica se multiplican sin cesar, y luego, llevadas por el principio mismo en que se fundan esas instituciones, se enlazan y se federan para constituir organismos superiores y más amplios.

En Inglaterra desde 1900 á 1904 las *Trade-Unions* han aumentado en 12. 000 sus asociados. Las sociedades alemanas de carácter industrial elevan en ese mismo tiempo de 1. 047. 000 á 1. 277. 000 el número de sus miembros. En los Estados Unidos de América el aumento es de 745. 000, y en Francia los sindicatos pasan de 3. 287 á 4. 227; siendo de notar que en este país las mujeres entran rápidamente en la agitación societaria, constituyendo agrupaciones ó incorporándose á la de obreros varones, y hoy existen ya 67. 000 mujeres sindicadas.

El carácter de esas asociaciones continúa siendo el mismo; nacieron como elementos para la resistencia y conservan su naturaleza; pero algo van dulcificándose sus tendencias, como lo demuestra Gide, estudiando sus presupuestos, en los que se observa la disminución de los recursos invertidos en provocar ó sostener las huelgas, y el aumento de los gastos, que se dedican al socorro y ayuda de los asociados.

Más vivo aún que entre los obreros es el movimiento hacia la asociación que se nota en los patronos. Así en Francia los sindicatos patronales, que eran 2. 382 en 1900, ascienden á 2. 757 en 1904, con 206. 000 asociados. Por donde resulta que, establecida

la relación entre el número de la una y las otras, hay más patronos que obreros sindicados.

La organización para la lucha es la predominante, y los esfuerzos en pro de la conciliación de las clases industriales decaen ó no prosperan. Los sindicatos mixtos de patronos y obreros, que funcionan en Inglaterra desde 1892 no han conseguido desarrollar una influencia apreciable, y únicamente en Francia se registra una, como renovación de esas tendencias, con la creación de los sindicatos amarillos, en oposición á los rojos ó socialistas. Comenzaron á establecerse aquéllos en 1900, á consecuencia de la huelga de Montceau-les-Mines, y animados con este refuerzo los sindicatos mixtos franceses han celebrado un Congreso; al que asistieron 500 delegados, que decían llevar la representación de 200.000 asociados. Será curioso—añade Gide—asistir á las peripecias de la lucha que va á entablarse entre esos sindicatos rojos y amarillos.

No podemos, sin embargo, abrigar grandes esperanzas en el buen éxito de las tendencias conciliadoras, porque el medio de acción más eficaz de que disponen consiste en el sistema de participación del obrero en los beneficios de la industria, y por desgracia son muy pocas las nuevas aplicaciones que consiguen de ese principio, á pesar del entusiasmo con que lo mantienen y propagan algunos hombres de buena voluntad; al contrario, es frecuente el abandono de esas instituciones, por el disgusto de los obreros unas veces, ya por el de los patronos, y en algunos casos por el desistimiento de unos y otros. Gide nos habla de un proyecto de ley, pendiente en las Cámaras de su país, en el que se desenvuelve y regulariza el sistema de la participación de beneficios, declarándole de libre aplicación en las industrias privadas, pero obligatorio en las oficiales ó contratadas por el Estado y los Municipios. Si tal ley fuera puesta en vigor, daría un ancho campo de experiencia á ese simpático procedimiento.

De otra forma de asociación económica se ocupa Charles Gide, y lo hace con viva y natural complacencia, porque bien señaladas están y bien conocidas son sus opiniones en la materia. Me re-

fiero á las sociedades cooperativas, cuyo no interrumpido progreso es en verdad asombroso. Figuran en primer término, por su importancia, ya que es mayor el número de las de crédito, las asociaciones para el consumo, que eran 11. 000 en 1903, con cinco millones de asociados, cada uno de los cuales representa una familia. Al frente de ellos están las sociedades inglesas, que son 1. 481, con dos millones de miembros y negocios anuales por valor de 1. 450 millones de francos.

Las cooperativas de crédito ofrecen también considerable aumento en estos últimos años; sólo en Alemania se elevan á 13. 700 con cerca de dos millones de asociados, y capitales por valor de 2. 570 millones de francos. Igual progreso se da con las asociaciones agrícolas, las cajas rurales de los sistemas Raiffeisen, Haas y Schulze-Delitzsch, pasan de 12.000 y manejan un capital de 1. 500 millones de francos. En Francia, donde las cooperativas de crédito se propagaban antes lentamente, llegan ya al número de 1. 500.

Por último, las sociedades francesas de producción se han elevado á 335, y en Inglaterra, que hasta ahora no las había practicado, sino en muy pequeña escala, existen hoy 340 cooperativas de esta clase, que hacen ventas al año por valor de 101 millones de francos.

*Intervención del Estado.* —Se acentúa también por todas partes. El cuadro de las llamadas leyes sociales que Francia presentó en la Exposición de San Luis—escribe Gide—era, en realidad, imponente, y otro tanto pudieran haber hecho los demás países, porque en todos ellos se han dictado numerosas disposiciones acerca de la limitación de la jornada, del descanso obligatorio, de los accidentes del trabajo, retiros, jurados mixtos, etc. Como hechos nuevos de esta clase son dignos de mención especial, por su importancia, el proyecto de ley presentado á la Cámara francesa sobre concesión de retiros á los obreros, que llevará al presupuesto del Estado una carga anual de 130 millones de francos, y los enormes esfuerzos realizados por los Municipios de Inglaterra para organizar y mejorar los servicios de aguas, baños, alcantarillas,

casas obreras, etc., logrando que en 1901 esas empresas municipales representaran un capital de más de 3.000 millones de francos, y el sorprendente efecto de que la estadística señala una mortalidad menor en aquellas villas que en aquellos campos.

*Resultados ó soluciones conseguido!*.—No puede señalarse ninguno transcendental ó decisivo, cosa que es natural cuando se trata no más que de un período de cuatro años; alguna disminución en las horas diarias de trabajo y un pequeño aumento en los salarios; pero estas ventajas se han obtenido tan sólo en algunas industrias y países determinados; de suerte que los términos medios continúan siendo lo mismo, con muy escasa diferencia. Ha habido también mejoras en la condición de los trabajadores por lo que se refiere á la alimentación, á la vivienda y á la cultura intelectual; mas estos progresos son asimismo muy reducidos en extensión é importancia.

La oposición de los intereses y la lucha entre las clases sociales se acentúan por momentos; la organización que se dan obreros y patronos no lleva á la paz, tiende únicamente á regularizar la guerra, sustituyendo con el choque de ejércitos ó fuerzas regulares el encuentro de masas indisciplinadas y confusas, y la acción pacificadora que pretenden ejercer los Estados es á todas luces impotente para evitar el conflicto.

Del interesantísimo estudio de Charles Gide se deduce, en efecto, que el problema social sigue planteado en los mismos términos con que lo concibiera el siglo XIX; no hay alteración en ellos. ¿Consistirá en que esos términos eran exactos?

No se ofrecen tampoco orientaciones, ni elementos, ni medios para alguna solución nueva. ¿Será porque realmente no existen?

Finalmente, ¿podemos prometernos que, siguiendo el camino por donde vamos, los progresos serán en el porvenir más rápidos que los hasta ahora alcanzados?

Indico estas cuestiones, pero no he de entrar en ellas, porque, como tuve el honor de manifestar al principio de estas observaciones, mi propósito se reducía á dar alguna idea y llamar la atención acerca de un trabajo que juzgo digno de un reputado autor

y merecedor también de la ilustradísima consideración de esta Academia.

El Sr. Salvá: He oído con mucho gusto, como á todos los Sres. Académicos habrá ocurrido, al Sr. Piernas.

Claro está que la obra de Charles Gide acerca de la Economía social se presta á reflexiones concernientes al modo de ser de la sociedad y de los obreros de mucha trascendencia, ya que hoy, por fortuna, ni la guerra ni la política tienen el alcance que en otras centurias.

En primer término, el Sr. Piernas, con mucho acierto, ha hecho una indicación de las exposiciones universales y de las clasificaciones presentadas en estos grandes concursos de la industria humana, en cuyo punto voy á expresar una opinión radical, que quizá Su Señoría me rebata. No debe haber exposiciones universales. En Inglaterra, ya hace años que no se celebra ninguna, al contrario de lo que ocurre en Francia y en los Estados Unidos.

Las razones en contra de tales certámenes, son numerosas, y la primera, que la industria contemporánea es tal, que no las admite, de la misma suerte que sería imposible reunir los volúmenes de todas las literaturas de Europa y América por la magnitud del asunto. La segunda razón consiste en que la clasificación es muy difícil. La tercera, en que no cabe estudiar tales exposiciones, por lo que hay que circunscribirse á ciertas materias. La cuarta, en que se dan tantos premios, que si se han llamado los premiados la aristocracia de los industriales, tal aristocracia se confundirá pronto con el pueblo, como quería Montesquieu hablando del orden político. Las exposiciones sólo debían ser limitadas y parciales, lo que basta para llamar la atención y para que el efecto de la competencia sea mayor.

He notado la contradicción que advierte Gide entre la teoría y la práctica. Toda clasificación es abstracta, y á la misma no debemos renunciar. Es necesario un plan, aunque tenga mucho de arbitrario y de condenable, porque la industria humana aparece en medio del universo sin orden ni concierto.

Vengamos ahora á otro asunto de mucha trascendencia. El

Sr. Piernas ha presentado magistralmente cuáles eran las distintas maneras de la intervención del Estado y sus consecuencias, y se ha fijado en las asociaciones, siendo sus efectos idénticos á los indicados por Gide en lo que concierne á las sociedades de resistencia, cooperativas y jurados mixtos, etc. Yo, que no me hago muchas ilusiones acerca de la lucha entre obreros y capitalistas, creo, sin embargo, que el progreso es indudable en muchas partes de las que han llamado la ilustrada atención del Sr. Piernas.

En otras, en cambio, hay retroceso, ó por lo menos paralización, como ocurre en lo que se refiere á la participación de beneficios y á las sociedades cooperativas de producción.

Ha dicho Lerminier que le industria contemporánea no puede detenerse, que detenerse es morir.

Los jurados mixtos presentaban grandes dificultades, pues no habiendo armonía entre patronos y obreros es difícil resolver las cuestiones de los talleres, dando un veredicto que evite la huelga, porque siendo los obreros adversarios de los patronos influirían para que el laudo se diese reflejando su opinión, y, por tanto, los patronos se negarían á cumplirlo, como ha acontecido muchas veces.

En cuanto á las sociedades de producción, vemos en ellas un sueño socialista.

Estas sociedades cooperativas, cuya historia se ha escrito con mucho talento, como los Sres. Académicos saben, nacieron por iniciativa de un socialista de mucho mérito, Mr. Buchez, y de un famoso periódico francés *VEuropéett*; que se publicaba en 1831, requiriendo las de producción tales condiciones, que es difícil lleguen á realizarse. Ha habido, por tanto, progreso grande, en mi sentir, en las cifras apuntadas por el Sr. Piernas.

Los mismos compañeros tienen que señalar la participación de cada uno en los trabajos, es necesario que se obedezca, es preciso que haya mucha prudencia, subordinación exquisita y virtud austera.

Las sociedades cooperativas de 1831 tuvieron éxito porque estaban formadas por la parte escogida de los operarios; habían comprendido que era necesario someterse á las miras del funda-

dor. Mas todo esto ha desaparecido. El empresario es una entidad de índole económica difícil, porque la empresa supone: primero, dirección; y segundo, peligro; lo que es más grave.

¿Sobre qué recae el peligro? Sobre el capital, que sucumbe en toda empresa mal conducida. El empresario no tiene hoy quien le ayude; y si desaparece su fábrica, esto no atrae más miradas que las de la propia familia y las de algunos vecinos. El empresario necesita tener: conocimiento del negocio, de los hombres y del mercado, estudio atento de las condiciones de la producción extranjera, de las leyes de Hacienda que sobre esa producción se han dictado, y de las provinciales y municipales.

Es necesario que conduzca la empresa con economía y sin avaricia. Requiérese que sepa dirigir á los obreros sin enojos y sin ira; pero también sin bajeza; y todo esto es muy difícil, por lo cual, un escritor ha dicho que de 99 empresas, la mayor parte desaparecían ó sucumbían en los primeros momentos de la lucha. De lo indicado, cree el operario que nunca tiene la culpa, sino que siempre la atribuye á los empresarios ó á la sociedad en que vive. Por esta razón en las dichas sociedades cooperativas ha habido progreso.

La sociedad fundada entre patronos y obreros acerca de la participación en los beneficios es también casi imposible.

De lo que se habla precisamente en una obra premiada por la Academia.

En Inglaterra eran aquellas muy difíciles, porque ha dicho Stuart Mill que no hay nadie más brutal que el obrero inglés, que adolece de tal ignorancia y tales vicios que no es capaz de comprender más que la tarea que se le ha encomendado, y que es tan orgulloso en el fondo, que en cuanto se modera la disciplina *la cabeza le da vueltas* y se subleva.

El Marqués de Molins contaba que él con su esposa había recorrido los talleres ingleses y que no había encontrado operario que le supiera contestar á lo que les preguntaba de su vida, familia, trabajo, etc. En cambio, los ingleses tienen una condición suprema, que es la de ser muy prácticos; en ellos la utopía ejerce

menos influencia que en otras partes, y comprenden que hay que bajar la cabeza ante ciertos hechos.

En Francia, en cambio, el obrero se distingue por el gusto exquisito que imprime á su obra, la rapidez é inteligencia con que la lleva á cabo, pero en él se advierte poca cultura. Allí la participación se hace difícil.

Si se contenta el empresario con decirle al obrero: hemos ganado tanto, y tal cantidad es la que te corresponde, según lo convenido, la cuestión es sencilla, porque el empresario compra lo que le parece, dispone como quiere de las primeras materias y vende de la suerte que juzga más beneficiosa. Pero si los obreros han de intervenir en la gestión de la empresa, la cuestión cambia de faz y se torna temerosa, porque con el afán de ganar quieren "tomar medidas cuyo alcance no comprenden, y porque debe admitirse en el empresario cierto absolutismo, en virtud de que es suya la responsabilidad; y he aquí porque las huelgas contemporáneas son desatentadas en cierto sentido. El empresario es el que conoce á los obreros, que á veces no pueden adaptarse á las miras que aquél tiene.

Digo, pues, que interviniendo estrechamente los operarios y ejerciendo una gran inspección, no cabe la participación de beneficios.

En las cooperativas, cuya historia he leído, encuentro que cuando se trata de un empresario que se ha distinguido mucho, hasta por sus obras benéficas, puede dar participación, porque los obreros no quieren intervenir, sino que aquél obra con independencia, reparte el tanto por ciento convenido y todo marcha bien. Claro que sería acercarnos al ideal, que los trabajadores pudiesen participar de los beneficios. ¿Por qué? Porque es de gran trascendencia para el salario que éste pueda tener aumentos parciales por su deficiencia, pues es evidente que una familia no vive con tres ó cuatro pesetas, dada la baja de la moneda y la carestía de las subsistencias y de las habitaciones en las grandes ciudades. ¿Qué recurso hay para compensar esto? El de que se agregue algún suplemento á este salario.

Cambia de faz la cuestión con el salario familiar, es decir, haciendo que trabajen los hijos y la mujer cuando puedan hacerlo. Pero semejante labor á veces produce efectos que traen en pos de sí consecuencias lamentables, pues la mujer abandona el hogar, se corrompe en ocasiones, ó es una esposa débil, y los hijos corren también riesgos morales y físicos de gran monta. Esta solución, en suma, no es buena, al menos como hoy intenta llevarse á la práctica. Ahora bien, aquí está la excelencia de la baja de las subsistencias; pues como el salario real consiste en los bienes **que** no son moneda, que se dan á los obreros, al abaratar las subsistencias de hecho se mejora el salario. Hay también el recurso de que los operarios puedan ocuparse en distintas tareas, como ocurre en Suiza y en la Selva Negra.

En cuanto á la participación, claro es que excita el celo de los obreros y que mejora su condición. Sin esto, cuando hay empresarios, como ha habido en Francia, Dollfus, que crean escuelas, hospitales, etc., la cuestión se presenta mejor.

Por lo demás (voy á concluir), confieso que no tengo grandes esperanzas en la transformación de la industria contemporánea para llegar á que los obreros puedan vivir de la manera que deseaban los socialistas de la cátedra, es decir, de cierto modo que no lleva consigo las angustias que supone el no tener asegurado el día de mañana, que era el ideal para Roscher, pues el que tiene asegurado el día de mañana, no es un proletario, mientras que el que se halla en el caso contrario vive realmente sujeto á todas las contingencias de lo porvenir.

No tengo grandes esperanzas de que se alcance lo que deseamos los que amamos al pueblo, pues la Historia enseña que siempre han sido desventurados los obreros.

Robert Peel, decía al conde de Jarnac: innumerables millones de seres humanos están fatalmente dados á una existencia de trabajo perpetuo, de ignorancia absoluta, de sufrimientos tari irremediables como inmerecidos. . . . El suelo de la vieja Europa está profundamente minado: ¿acaso el de la misma Inglaterra es incommovible? ¿Quién medirá las animosidades, concupiscencias,

resentimientos, proyectos audaces que fermenten bajo las superficies resplandecientes de nuestra civilización moderna >; cierto es que no se encuentra el remedio á tantos males, que, claro es, que en alguna parte depende de los vicios sociales y de los hombres.

A este propósito puedo recordar el hecho sencillo, pero elocuente, del consumo del alcohol en Francia, que representa 100 millones de francos, cantidad que podría aliviar muchos males.

Y es cuanto me ocurre decir.

**El Sr. Piernas Hartado:** Unas cuantas palabras nada más, para tener el gusto, no de discutir, sino más bien de conversar con el Sr. Salvá, persona de tanta estimación para mí y de tanta maestría en las cuestiones sociales.

He de advertir, ante todo, que en las observaciones antes expuestas no hice más que alguna indicación de ideas propias y me limité á recoger la doctrina y los datos contenidos en el libro de Mr. Charles Gide. Sin embargo, ya que he sacado á plaza el nombre de ese distinguido economista, me creo obligado á defenderle de algunos cargos que le dirigía el Sr. Salvá por la crítica que aquél hace de las clasificaciones adoptadas en las Exposiciones de Economía social. No es que Gide rechace toda clasificación, y al contrario, la estima necesaria, porque cualquier estudio ha de hacerse con arreglo á algún orden ó sistema; lo que censura es que las clasificaciones hasta ahora empleadas tengan un carácter puramente subjetivo ó lógico, creyendo que debe dárseles un sentido más positivo; y que cuando se trata de conocer la situación de los obreros, hay que examinar directamente los pormenores de la vida y las condiciones en que se desenvuelve la existencia de esta clase social, en vez de tomar para ese estudio puntos de vista que resultan arbitrarios y separados de la realidad.

En cuanto á lo demás, el Sr. Salvá cantaba las excelencias de los jurados mixtos y fundaba en ellos grandes esperanzas. Yo

comparto sus opiniones favorables á esa institución y las simpatías que le inspira; pero no puedo menos de reconocer que hasta ahora su influencia ha sido muy escasa. Y esto me recuerda un hecho muy significativo que anota Gide en el libro de que hablamos. La ineficacia de los jurados mixtos —dice— ha dado motivo á una nueva y curiosa organización, que se ha llamado de los sindicatos paralelos, porque está constituida por dos sindicatos, uno de patronos y el otro de obreros, que viven independientes, pero pactan entre sí determinadas condiciones para el trabajo, obligándose los empresarios á no emplear más trabajadores que los del sindicato aliado, y comprometiéndose los obreros á su vez á no trabajar más que en los establecimientos de los patronos sindicados. Tales creaciones —añade— no han tenido más éxito, y es de temer que no logren mejor porvenir que los jurados mixtos.

Respecto de las sociedades cooperativas de producción, no deja de sorprenderme que el Sr. Salvá, que es un espíritu tan elevado y tan amplio, las reconozca como forma ideal para la organización, y diga luego que es preciso renunciar á ellas, por los inconvenientes que presenta su establecimiento. Esas dificultades, expuestas por S. S. elocuentemente, existen, sin duda alguna, son por desgracia muy ciertas; pero no hay que retroceder ante ellas y es necesario dominarlas, ir lentamente venciendo esos obstáculos, porque su presencia no dice nada contra el sistema en que se fundan, ni contra la virtud que tienen las instituciones cooperativas.